

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XII

Octubre de 1935

Núm. 124

Puntos de vista

Hernández Catá.

Es sin duda práctica excelente de algunos gobiernos de América Hispana la de designar en las misiones diplomáticas a los más prestigiosos intelectuales. Se ha dicho que esta costumbre fué iniciada por la República española; pero lo cierto es que es costumbre antiquísima, abonada por el hecho de que tales misiones tenían además del carácter protocolar, un fino sentido de comprensión y de justicia para el hombre de letras. En América hispana fué siempre el escritor y lo es actualmente en muchos países, un elemento sin figuración, colocado al margen de toda actividad pública. Se le asignó el papel del hombre especulativo que no puede ni debe abandonar su gabinete de estudio, porque sólo el gabinete representa la atmósfera esencial para el florecimiento del arte o de la historia. Además de esta consideración académica, existían razones de orden un poco subalterno. Se suponía que el hombre de letras era hombre indolente, descuidado, de costumbres privadas un tanto deshonestas. Con elevarlo al rango de representante del país se corría el riesgo de colocar ese país, en situación desmedrada.

Nada sin embargo, más irónico que el paso cauteloso del tiempo. Porque define y ordena las apreciaciones y les comunica una intención crítica contraria al cliché establecido. Modifica la psicología de los gobernantes o de los núcleos fuertemente representativos. Y así después de años, de rutinaria conformidad con las frases

hechas y los postulados incommovibles a que hemos sido y somos tan afectos en América, se vino a caer en la cuenta de que la representación diplomática bien podía quedar en manos de hombres que no pertenecían a clanes políticos de relativa importancia nacional o a instituciones sociales sin arraigo alguno en la opinión más considerable de un pueblo. La historia de la diplomacia americana en su aspecto externo, se confunde con la historia de la política de cada país. Queremos decir que la política entendida al uso de estas democracias ha sido el elemento que ha alimentado la diplomacia.

América ha tenido la rara virtud de ofrecer algunos espectáculos poco edificantes con algunos de sus representantes. Es de celebrar que ellos no hayan sido escritores. También muchos representantes de países europeos han suministrado buenas informaciones a la prensa satírica del continente y a la crónica escandalosa de la vida social. Igualmente el carnet secreto de las cancillerías en donde suele quedar prendida con alfileres irrompibles, la mala calidad y la falta de estilo de muchos otros diplomáticos, cuenta entre sus «trouvailles» algunos episodios dignos de moja.

El hombre de letras ha sido desdeñado sistemáticamente, por muchos gobiernos hispanoamericanos. El escritor por lo mismo que ha carecido de postura política activa, no ha tenido participación en ninguno de los actos de la diplomacia americana. Salvo honrosas excepciones, los diplomáticos han sido hombres extraídos de la política militante.

Es pues una suerte que algunos países hayan querido innovar en esta práctica de servirse del político activo en la provisión de cargos representativos, para cambiarlos por hombres de pluma. En el escritor que ha llevado una vida seria de estudio y de investigación, que ha sabido dar relieve a los aspectos más interesantes de su país y que por su cultura se encuentra por encima del medio, hay la evidencia absoluta de que su representación será honrosa para el país que lo ha designado. Un escritor advierte con mayor presteza los elementos más importantes de integración de una nacionalidad y puede por su misma condición de hombre cultivado

atraer a aquéllos que a su vez, simbolizan la actividad espiritual de otros países, y que tienen en su mano elementos riquísimos de comprensión y de conocimiento de la vida social, económica y artística.

El caso de Cuba y la designación de Alfonso Hernández Catá para servir la representación de su país en Chile, nos ha dado materia para estas reflexiones someras. La carrera literaria de Hernández Catá es una carrera digna y enjundiosa. Su obra tiene arraigo español y en la valorización de uno de los hombres más representativos de América, como es Martí, el autor de LOS FRUTOS ÁGIDOS, supo trazar uno de los cuadros más bellos de la exaltación serena del maestro de la dignidad moral. Su libro MITOLOGÍA DE MARTÍ, constituye una de las contribuciones valiosas para la comprensión del gran cubano y de este modo, al reintegrarse a la tierra nativa, después de una larga vida literaria cumplida honrosamente en España, Hernández Catá abordó el estudio de la figura fundamental del apóstol. El corazón del cubano, dió muestras de que no obstante la ausencia, había sentido siempre latir en él la vena rica de la comprensión y del amor.

Nuestro saludo de bienvenida.

El caso de Gabriela Mistral.

Gabriela Mistral, nuestra eminente poetisa, ha andado estos días en los trajines desagradables del comentario público, torcido y malévolos. Sin ella quererlo. Y todo por una carta privada dirigida a un amigo y publicada en fragmentos, sin consulta previa, por otro. Los fragmentos publicados han dejado ver las críticas de la poetisa a la vida española, a sus hombres de la política y a otros aspectos que, escritores, viajeros y simples turistas han dicho en la prensa, en el libro o en las conversaciones diarias. No es para alarmarse con exceso, ni el caso tiene la gravedad que ha querido conferírsele. Un escritor no es un personaje mudo, ciego y sordo. Por lo contrario, es el más vivo y certero de los observadores. Se le